

DESEAR Y SER TRAICIONADO

João José R. L. Almeida
limalme@uol.com.br

Una de las más grandes traiciones (han sido muchas) que ya se hizo a los amantes del cine en Brasil, ha sido la traducción del título de la película de Neil Jordan, *The Crying Game* (1992), (en español, *Juego de Lágrimas*), por “Traicionados por el Deseo”. Traición no solamente por el aspecto de anticipar lo que pudiera pasar en la película, sino también por anticipar equivocadamente. Es probable que la película aborde todo lo que puede ser el deseo, no solamente el sentirse traicionado. ¿Hay deseo sin traición? Aunque la película parece no sugerirlo, la recreación del título en portugués sí lo parece. Se perdió con eso la oportunidad de explotar la palabra “juego”, o incluso la letra de la canción a la cual se refiere el título en inglés. Los brasileños fuimos traicionados por el deseo de gran mercado. Pero ya no me importa demasiado este hecho; la película tiene más de diez años y capaz que el lector nunca la haya visto. De ella quiero solamente rescatar una parábola que el soldado inglés secuestrado, vivido en la película por Forrest Whitaker, cuenta al guerrillero irlandés, vivido por Stephen Rea, que lo vigilaba en el cautiverio. Se trata de la historia del sapo y del escorpión. Un escorpión desea cruzar un lago, pero no sabe nadar. Le pide a un sapo que lo cruce llevándolo en su espalda hasta la orilla opuesta. El sapo se niega a hacerlo, pues recuerda que el escorpión puede sacar provecho de la situación y aplicarle una herida mortal. El escorpión contesta que nunca tomaría semejante actitud, pues, en este caso, los dos, juntos, estarían muertos. Confiado en el argumento lógico, el sapo decide cruzar el escorpión, y este, en el medio del lago, le hiere con una picadura mortal. Antes de morir, el sapo, todavía, le pregunta: - “¿Por qué lo hiciste, no te diste cuenta que los dos vamos a morir?” Al que le contesta el escorpión: - “No puedo no hacerlo, se trata de mi naturaleza.”

El riesgo del deseo es que al ser seducido el sujeto se entrega; la responsabilidad del deseo es no negarlo.

El lector atento observará en este punto la inminencia de la efusión de mensajes constructivos y soluciones moralistas chorreando para todos lados. Pero voy a pedir permiso para una pequeña traición: me gustaría evitar esta facilidad y pensar, antes de todo, en la psicología del deseo. Vamos a dejar la moral para después.

Llamo la atención para el hecho de que el deseo es tan traicionero, que la psicología ha dedicado su máximo esfuerzo sin lograr, hasta hoy, descubrir el elemento que lo organiza. Si acaso él pudiera ser detectado, lograríamos controlar el deseo. Podríamos, por ejemplo, inventar una medicación eficaz contra la depresión. Se trata en la depresión de una desviación patológica del deseo, en la cual, ante la percepción de una profunda decepción, el sujeto no más desea sino a través de la autoflagelación. Los antidepresivos logran evitar bioquímicamente esta tendencia al martirio, pero nada pueden hacer en cuanto al modo de desear. Este detalle puede llevar peligrosamente al fracaso la terapia psiquiátrica, en caso de que el médico ignore la estructura psicológica del paciente. No es sin motivo que psiquiatras prescriben remedios con acompañamiento psicoterapéutico, o hacen acompañar una droga con otras drogas para contrarrestar efectos inesperados de la primera. No es solamente en el caso de los antidepresivos; el mismo razonamiento vale también para cualquier otro medicamento que actúe sobre la psicología o de ella dependa. El Viagra, por ejemplo, es una droga que actúa sobre los vasos sanguíneos, no sobre el deseo. Este debe surgir por su cuenta o el sujeto, por falta de mejor recurso, debe fingir que lo tiene. Definitivamente, no es la bioquímica quién controla el deseo; frente a él, los efectos de los medicamentos son como agarrar un palo para matar un león.

Sería, por eso, excelente que descubriéramos cuáles son los buenos y los malos espíritus que lo organizan, provocando el éxito o el fracaso de nuestras acciones terapéuticas y preventivas. Actuando sobre las deidades, controlaríamos la creación. Sería magnífico que fueran los astros los verdaderos reguladores de la voluntad, porque bastaría descifrar nuestro mapa astral para evitar complicaciones o problemas insolubles. Sería muy bueno que este papel lo tuvieran las representaciones reprimidas, provenientes de sensaciones recibidas en nuestra mente en la infancia, o, visto desde otra perspectiva, provenientes del modo como percibimos y guardamos en la memoria nuestra relación con padre y madre. Sería estupendo que significantes cargasen el deseo, pues conociendo la naturaleza volátil y la semiosis ilimitada que caracterizan las leyes simbólicas, desviando la atención de la voluntad para el lenguaje, encontraríamos a su vez el deseo oculto en el habla o en el comportamiento.

Sin embargo, el deseo, al que parece, se caracteriza fundamentalmente por no tener cualquier fundamento. El deseo hace acordar la metáfora de la isla flotante, utilizada en la película “Lucía y el Sexo”, del director español Julio Medem. En el auge de la historia, los personajes estaban en una isla que a cada rato oscilaba al sabor del mar, y todos perdían por momentos el equilibrio. El deseo es desarraigado del suelo. En apariencia, estaría

organizado por algún elemento previsible, pero en la realidad no está. Esta condición fundamental nos causa la sensación de inseguridad y el consecuente intento de controlar la situación de alguna manera.

El deseo se confunde con la acción sin llegar a ser el propio acto. O mejor, puede ser visto como las acciones de declarar, prometer, describir, comandar, rehusar, tocar, caminar, levantar el brazo, tirar una silla, invitar, hacer propuestas, negarse a hacer alguna cosa. Todo el tipo de acción intencional que se pueda imaginar. Todas estas acciones no son el deseo, seguramente; pero el deseo es incomprendible sin ellas, y ellas, incomprendibles sin el deseo.

Por si acaso digo: - "Voy a levantar el brazo", y en seguida levanto mi brazo, no se puede decir que mi deseo sea el hecho de que levanté el brazo. Substrayéndose del hecho de que levanté mi brazo, el hecho de que levanté el brazo, nada resta (Wittgenstein, *Investigaciones Filosóficas*, § 621). No se encuentra allí una cosa llamada "deseo". Existió solamente el puro hecho de que un brazo se levantó, y nada más. Sin embargo, no hay sentido en decir que levanté mi brazo pero no lo quise hacerlo. Cualquiera comprende inmediatamente que el sentido de levantar el brazo es una acción de deseo. Obsérvese con bastante atención, por otro lado, que el deseo no es una entidad que existe aparte de la acción, como algo anterior que la provoca o algo posterior que la comprende. El deseo es el sentido de la acción, sin el cual esta sería incomprendible. El deseo, por lo tanto, se confunde lingüísticamente con la acción sin ser ella misma. No existen entidades epistémicas privilegiadas que lo organizan. Si hubiesen, podríamos controlarlo. Todo indica, sin embargo, que desear es tan imprevisible cuanto actuar. Nadie puede saber con perfecta seguridad qué actitud tomaría ante una información relevante, aunque pueda declararlo anticipadamente muchas veces e intentar, con esto, asegurarse de su rectitud moral. En último análisis, el deseo no es sino una isla desarraigada del fondo del mar.

Volvamos al sapo y el escorpión. La acción del sapo, al cargar en la espalda el escorpión, es de deseo. La picadura perpetrada por el escorpión también. En cuanto a los hechos, no hay dudas. El problema de esta historia es la cuestión ética. A nosotros no nos parece ser bueno, útil o provechoso la acción de seducir para matar. Hicimos leyes para punir las personas que actúan de esta manera, y aparentemente nadie está dispuesto a relajar tales leyes. El escorpión sería pasible de homicidio doloso si acaso sobreviviera al ahogamiento. Pero el sapo, a su vez, no podría negar que actuó conforme a su deseo. Podría alegar que fue engañado, que fue víctima de una trampa mortal y que fue traicionado por el deseo. Pero no podría negar el deseo, porque hubo una acción, proveniente de la espontaneidad (el sapo de la historia no es un autómatas), de cargar el escorpión en la espalda.

Pero la actitud de coacción, la estrategia de seducción perpetrada por el escorpión en contra del sapo, ¿no quitaría la espontaneidad y, por lo tanto, la libre voluntad del sapo? Yo diría que para el derecho, sí; pero para la psicología, no. Para el derecho la figura de la coacción agrava la actitud del reo y absuelve de responsabilidad la víctima. Sin embargo, para la psicología, no hay sentido en decir "voluntad sin libertad" o "deseo que tuve pero no es mío". La psicología lleva en consideración también el hecho de que las acciones (y los deseos) están imbricadas en una red tan compleja de correlaciones con otras acciones pasadas y presentes, así como también a proyecciones de futuro (intenciones vinculadas a intenciones), que difícilmente uno se daría cuenta del peso real del acto de desear.

Una persona no es un átomo con una vida secreta e interior, no es una isla aislada en el mar, separada del océano, de los peces que por allí nadan, de la atmósfera y de los pájaros que la sobrevuelan, de los vientos que llegan a sus costas provenientes de tierras distantes en donde viven otras personas. Si una persona fuera un átomo, como el autómatas, todo sería mucho más fácil; bastaría ejercer la introspección y sacar nuestras conclusiones lógicas. Pero, cada persona, tanto para el bien como para el mal, es parte indisoluble de un universo interconectado de múltiples fuerzas, actuando en conjunto o contradictoriamente, que la conforman y sobrepasan; fuerzas de las cuales apenas podemos tener conciencia parcial. Tendríamos que alcanzar el punto de vista infinito, o estar en la mente de Dios, para percibir las efectivamente en su conjunto total. Esta red tan compleja de interrelaciones es lo que nos da la sensación de que el deseo es inconsciente. Y el intento de controlar el deseo, o sea, de volverlo menos infinito para tener más seguridad, es lo que nos hace pensar que las personas se resisten a aceptar las implicaciones de su deseo. La resistencia no es más que el intento de sentirse seguro frente a un abismo infinito. Resistir es disminuir, con cualquier disculpa sin demasiado sentido, las implicaciones aparentemente incontrolables del deseo.

Desear, por lo tanto, es arriesgarse. Negarse al riesgo o a entregarse en algún momento es un intento de controlar lo incontrolable. La rehusa, la negación de hacer, no deja de ser también una acción de deseo. La situación puede generar, sin embargo, un comportamiento contradictorio, artificial o automatizado, como a disimular lo específicamente humano, como a no permitir que las acciones se confundan con el deseo o que tengan algún sentido. Para el caso del sapo, la responsabilidad no es negar el deseo, sino adquirir un cierto grado de sabiduría

para decidir cuando se debe aceptar establecer una relación con el otro. Esta sabiduría no le llega a uno desde el cerramiento o de la falsa seguridad. Para aprender a comprar pescado uno tiene que ir a la feria. Pero la apertura nada garantiza sino la misma responsabilidad de asumir un deseo. No sabe comprar pescado el que una sola vez fue a la feria. O uno va seguido a la feria o se muere de hambre o de falta de habilidad. El deseo supone el riesgo porque no tiene fundamento. Sin embargo, nada puede ser tan humano como la disposición a la apertura. Los sapos deben rendirse a la seducción sin perder la maestría.

Pero es necesario irse *más allá de lo humano*, si queremos evitar la destrucción y la muerte causadas por la voluntad sin control. - “Pero, ¿cómo?” - debe preguntarse ahora con razón el lector - “El argumento hasta aquí muestra que el deseo no tiene posibilidad de control.” Eso es correcto; pero la acción de ir más allá de lo humano consiste en la invención de nuevas formas de vida, en la creación de cultura para doblar la naturaleza, en la mejor manipulación de instintos y pulsiones que nos invaden, atraviesan y sobrepasan. Ir más allá de lo humano significa evitar que la subjetividad se anule en lo que aparenta ser humano. El escorpión que dice “se trata de mi naturaleza”, muestra claramente que ha perdido su voluntad, que ya no posee su propio yo, que ha sido echado, por la pulsión, de su habla como dueño de su voluntad. En el habla del escorpión, el “yo” es la naturaleza, no su querer. La incontinencia de la voluntad significa, sin embargo, la muerte de todos. Para sobrevivir a la guerra de las voluntades que nos sobrepujan hay sólo un remedio: la invención de si. La invención de si no es un intento de controlar el deseo, ni tampoco el intento de ser más humano permitiendo el libre pasaje de los instintos; pero es la prudente intervención comunicativa para barrar al deseo sin control.

No existen recetas previas para la recreación de un yo para doblar la voluntad de los otros “yoes” que nos habitan. Cada uno debe recrear su yo, sacando informaciones acerca de cómo se formaron los demás en su historia de vida. Tales informaciones son capaces de alimentar nuevas estrategias. Ser humano, en este caso, es reinventar el ser humano, ser distinto desde ya, rehusar las soluciones venidas desde afuera, evitar los estereotipos, aprender con lo que ya ha sido practicado a crear lo que nunca existió. Seguramente, no existe cultura igual a otra cultura. Todas han inventado formas diferentes de celebrar la vida. La única semejanza entre ellas es de que todas doblaran la naturaleza.

La acción de recrear la subjetividad empieza en el momento en que el sujeto reconoce que ya no es él el que habla, sino otra voluntad en él. Comenzar a hablar por si mismo ya significa, sin embargo, estar en nueva forma de vida. De ahí en adelante, basta reevaluar cada tipo de autoengaño y retomar el habla del yo que no quiere morir. El habla es una acción, actuar es desear. El escorpión se ahogó solamente porque permitió que otro hablara en su lugar sin cualquier intervención comunicativa del yo que no quiere morir.